EXPOSICION

DE LA

DOCTRINA CATÓLICA

SOBRE LOS

DOGMAS DE LA RELIGION.

INTRODUCCION GENERAL

Y DIVISION DE LA OBRA.

ed. c. tomo 1, página 147.

INTRODUCCION.

PARA considerar históricamente los dogmas del cristianismo como fundamento indispensable de este trabajo filosófico, es necesario dar por bastante su simple exposicion, sin entrar en ningun linaje de argumentos sobre motivos de credibilidad. Escribimos como católicos y para católicos, y bajo este carácter nuestro libro puede correr sin antecedentes ningunos, pues por última razon de los dogmas que sirvan de objeto á nuestro raciocinio, darémos aquí el texto de las Santas Escrituras y la autoridad reconocida de la Iglesia. Dicho esto, está fijo nuestro punto de partida; las demostraciones precedentes, objetos de otros ramos, quedan expuestas en la obra que hemos publicado bajo el título de *Estudios fundamentales sobre el hombre*. Allá remitimos á aquellos lectores que, ya por duda positiva, ya por ignorancia, ya por materia de estudio, quieran propasarse á la discusion de los principios que aquí damos por supuestos, porque hemos debido comenzar en algun punto.

Mas ¿por qué razon exponer filosóficamente los dogmas sin ceñirnos en lo absoluto á su simple expresion teológica? Para obviar muchos inconvenientes, reunir muchas ventajas y atender á una de las mas fuertes necesidades de la época presente. La verdad moral, la verdad social, la verdad filosófica consideradas en el órden político, deben resultar de dos premisas; la inteligencia y la fe, la razon y la revelacion. Dígase lo que se quiera, estas son las dos palancas únicas capaces de mover todo el presente siglo. Si argüís con solo la razon, no podréis salvar las ciencias morales del cisma que en ellas ha introducido la pretendida independencia y

soberanía de aquella. Si excluís todo argumento que no sea textual y exclusivamente bíblico, los filósofos os volverán la espalda. Esto último importaria poco; pero los filósofos ganan y pierden mas ó ménos terreno en la masa de los pueblos. Ellos han compuesto tambien su símbolo, hablan de Evangelio, Jesucristo, Iglesia, moral y religion, y es que de otra suerte no serian escuchados.

El gran cuerpo de los dogmas no ha podido ser combatido, sino de una manera propia para complicar en el ataque las creencias y las prácticas de los pueblos. He aquí por qué en el movimiento progresivo de la impiedad se obra por lo comun de la circunferencia al centro, de la forma á la sustancia, de la práctica á la idea, del precepto al dogma. Aun ántes del cristianismo ya podia columbrarse el sistema extratégico con que seria combatido cuando apareciese. El politeismo era una contradiccion de forma, cuya última consecuencia quedó representada en el ateismo. De Jesucristo á esta parte la historia de las persecuciones dogmáticas ha seguido esta progresion: la herejía, el cisma, la reforma protestante, el deismo, la filosofía, el indiferentismo, el materialismo, el panteismo y el ateismo puro. La herejía tocaba una parte dejando el todo: el cisma respetaba la institucion desconociendo el primado: la reforma protestante desconoció el poder supremo, privando al culto de la unidad social de su institucion: el deismo, respetando las deducciones lógicas del raciocinio en la historia de las causas, pero condenando las formas externas, quiso dejar el culto bajo el dominio de la razon, reduciéndole al círculo de lo puramente mental: la filosofía rompió esta barrera, disputó las mismas deducciones lógicas é introdujo la duda en la metafísica: el indiferentismo fué la representacion del orgullo de la ciencia desdeñando el órden sobrenatural: el materialismo fué la eliminacion completa, no solo de este órden sobrenatural, sino aun del que el espiritualismo habia establecido en el campo de la filosofía: el panteismo puede considerarse como un recurso subsidiario para desembarazarse de una dificultad permanente, que presenta de continuo al raciocinio la necesidad de una causa primera, de un ser absoluto: finalmente, el ateismo ha sido el hecho usurpando todo el derecho en la ciencia, la voluntad sustituida á la razon, la negacion despótica, digámoslo así, de lo que no podia desaparecer sino á los ojos pertinazmente cerrados á toda luz.

Colígese de aquí que la demostracion católica tal como la exige el estado actual de la guerra impía, no debe limitarse á la exposicion especulativa de los dogmas, á la manifestacion histórica de las formas del culto, sino extenderse al gran todo presentando al mismo tiempo el espíritu, la forma, el carácter, el efecto y la constitucion permanente é inmutable de la religion y la Iglesia. Es necesario considerar esta como el centro de unidad á donde concurren los dogmas, los preceptos, la litúrgia, las prácticas y la autoridad docente: y esta unidad, como una condicion esencial de la ciencia, de la moral, de la filosofía y del derecho en el órden religioso. Es necesario proceder así, para que todo el mundo vea cómo no puede ser combatida la parte sin afectarse el todo; y por lo mismo, cómo bajo tales ó cuales formas, siempre los ataques tocan al centro del dogma fundamental, tocan á Dios mismo.

Cuando Jesucristo dijo, personificando en sí toda su doctrina: "Yo soi el camino, la verdad y la vida," suministró con solo esto el tema de la ciencia universal de Dios y del hombre. En efecto, dilátense cuanto se quiera los límites de la ciencia humana: ella no podrá ser nunca sino verdad en sus principios, rectitud en sus medios, bondad en sus resultados. Suprímase cualquiera de sus elementos, y la ciencia queda trunca. Sin verdad no hai rectitud ni bien; sin rectitud en los medios, no puede haber moral en los fines; sin bondad en los resultados, la ciencia no tiene objeto y quedaria reducida á la esfera bien triste de una penosa y estéril especulacion del entendimiento. La ciencia representa el movimiento intelectual del hombre; y así como la inteligencia sirve para gobernar el corazon, así tambien la ciencia sirve precisamente para regir la conducta. Un corazon bien dirigido decide siempre la voluntad en el sentido de la virtud; luego la ciencia trasplantada al movimiento de la conducta, decidirá siempre la cuestion del destino humano en el sentido de la felicidad.

Tres son pues los grandes y únicos elementos del hombre; *verdad, rectitud y bien:* con ellos se tiene todo; sin ellos no se tiene nada.

Estos tres elementos habian casi desaparecido totalmente entre los gentiles ántes del cristianismo. La verdad religiosa estaba representada en el politeismo; la verdad moral llegó á trasformarse en máximas corruptoras: la rectitud tuvo una idea, pero no tuvo una institucion: los antiguos todo se lo permitian acerca de los medios, ya como una consecuencia de sus errores en materia de principios, ya como un efecto de su relajacion en materia de máximas. En cuanto al bien, los filósofos gentiles inventaron muchos sistemas acerca de la felicidad; pero ni ellos ni los historiadores la vieron

prácticamente disfrutada; y salvas mui raras excepciones, el bien estuvo representado en los placeres de los sentidos, en las satisfacciones del orgullo y en las ilusiones de la vanidad. Hai mas todavía; entre los antiguos filósofos y entre los modernos que no quieren admitir por basa la moral del principio religioso, las pocas verdades que figuran en sus obras no tienen un carácter práctico ni un resultado positivo: el deista, por ejemplo, no sabe que hacer con Dios, á quien otorga en su entendimiento la localidad de una idea; pero rehusa todo participio en los sentimientos de su corazon.

Los tres elementos pues de la humanidad necesitaban una especie de resurreccion, y la tuvieron de facto en la cuna de Jesucristo. He aquí por qué pudo este divino personaje anunciarse al mundo y á las generaciones todas como el camino, la verdad y la vida. El traia en efecto en su misma esencia la palabra de Dios, la palabra divina, y por consiguiente la verdad infinita: porque Jesucristo en cuanto Dios era el Verbo que existia en Dios desde el seno de la eternidad; y este Dios era el Verbo, porque el Verbo es Dios: [1] este Verbo es Dios, es la fuente de toda verdad, porque es la fuente de toda existencia; pues por él han sido hechas todas las cosas, y sin él no ha sido hecho nada de cuanto existe. [2] Tales son las ideas que nos da de Jesucristo en cuanto Dios el Evangelista San Juan, y este es el motivo porque le anuncia en su procedencia poseyendo esencialmente la plenitud de la verdad.

Mas Jesucristo verdad, es tambien camino, porque la verdad es luz, y Jesucristo es luz. Luz de luz, como predica el símbolo de Nicea; y luz de luz, porque es Dios de Dios: [3] luz que nació en el fondo de las tinieblas, como dice el citado Evangelio. [4] ¿Cuáles eran estas tinieblas? El mundo de entónces, porque el mundo de entónces estaba compuesto de *aquellos*, dice el Profeta, *que yacian sentados en las tinieblas á las sombras de la muerte*. Observemos ahora que esta luz no es para sí misma, porque el Verbo, luz por excelencia, no necesita de luz: era pues luz para otros. ¿Para quiénes? para aquellos mismos, dice el Profeta, á quienes venia á iluminar, para aquellos que estaban sentados en las

1 In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum. Jonnn. cap. I ℣. 1.

2 Omnia per ipsum facta sunt; et sine ipso factum est nihil quod factum est. Ib. ℣. 3.

3 Deum de Deo, lumen de lumine.

4 Et lux in tenebris lucet. Joann. Cap. 1, ℣ 5.

tinieblas y á las sombras de la muerte. [1] ¿Y no mas que para ellos? Tambien lo era para los otros, para cuantos habian de nacer con el trascurso de los siglos: porque Jesucristo es, dice San Juan, la luz verdadera que ilumina á todos los hombres que vienen á este mundo. [2] He aquí cómo Jesucristo es tambien camino, porque es luz de verdad que alumbra todos los senderos del hombre en la bien difícil carrera de la vida.

Siendo verdad y luz, lo seria todo, si el hombre no abusase de su libertad, si no hubiese quedado enfermo de su corazon desde el pecado original, si no hubiese empeñado en su alma la penosa contienda entre la razon y los sentidos, entre el espíritu y la carne, y si por este motivo el hombre no hubiese menester, á mas de la verdad y la luz, auxilio y apoyo, fuerza constante que le sostuviese en esta lucha de muerte en que inevitablemente debiera perecer. He aquí por qué Jesucristo, que vino á reparar todos los males y á producir por sí una resurreccion moral en la tierra, no solo es verdad y camino, sino tambien apoyo de fuerza, ó para hablar sin frases, la vida misma. ¿Por qué Jesucristo era la vida? Porque quien posee la esencia de la verdad y la luz, es la vida misma; el hombre, que posee una y otra en cierto grado y por mera comunicacion, estará sujeto á la muerte. Mas Jesucristo, inmortal por su propia virtud en cuanto Dios, y mortal en cuanto hombre, pues tomó la naturaleza humana precisamente para poder morir, fué, bajo el aspecto moral de que aquí tratamos, inmortal en cuanto Dios y en cuanto hombre, porque siendo impecable, no era posible que muriese moralmente. Jesucristo era pues la vida misma. Siendo la vida misma, en él estaba la fuente de la vida, y nadie ha podido vivir moralmente sino en él y por él. Por esto dice el Evangelista San Juan dos cosas mui notables: primera, que en Jesus estaba la vida; [3] segunda, que esta vida de Jesucristo es la luz de la humanidad; [4] y como esta luz apareció entre los hombres, brilló en las tinieblas, [5] dice el mismo evangelista, porque el hombre no era mas que tinieblas y muerte.

Obrada esta gran maravilla entre los hombres, solo restaba

1 Illuminare his qui in tenebris et in umbra mortis sedent. Cant. Zach.

2 Lux vera quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum. Joann. Cap. I, ℣ 9.

3 In ipso vita erat. Id. ib. ℣ 4.

4 Quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum. ib. ℣ 9.

5 Et lux in tenebris lucit. ib. ℣ 5.

que ellos la aprovechasen, convirtiéndola en sustancia propia para su felicidad. ¡Con qué contaban los hombres para hacerse de tanta riqueza y poseer tanta ventura! Con su razon y nada mas; pero sin dejar la razon eran tinieblas, porque la razon es una noche impenetrable junto á la luz de Dios. ¡Qué resultó de aquí! Que ellos no recibieron esta luz, porque las tinieblas no podian recibir luz.[1]

No pudiendo pues entrar la luz del cielo por la vía de la razon, necesitaba de otro conducto. Necesitaban pues para aprovechar la luz de Dios, invocar su nombre; mas para invocar su nombre, debian creer en la virtud de este nombre: necesitaban pues quien se los anunciase. He aquí por qué un hombre llamado *Juan* fué enviado por Dios, precisamente para que él diese testimonio de su mision, y este testimonio, por la autoridad profética de su palabra, hiciese brillar de antemano la luz del Mesías, á fin de que, mediante el ejercicio ministerial del Precursor, todos creyesen en Jesucristo y de él recibiesen la verdad, la luz y la vida.

Despues del Precursor apareció el mismo Jesucristo á llenar la grande mision que le trajo á la tierra, mision que manifestó soberanamente al juez que le condenó á muerte. "Yo he nacido, decia, y he venido á este mundo, precisamente para dar testimonio de la verdad." Y dió testimonio á la verdad con su doctrina y con sus obras. Su doctrina se anunció con tales caracteres de elevacion, de santidad, &c., que ella sola se habria bastado á sí misma; pero sus obras, que revelaban un poder divino, vinieron á manifestar que la predicacion de Jesucristo era, no solo palabra de verdad, sino palabra de Dios. Esta doctrina, predicada por el mismo Salvador á los pueblos, y enseñada á sus apóstoles y discípulos, fué recogida por aquellos en el Símbolo designado vulgarmente con la palabra *Credo*. Este Símbolo encierra todas las verdades dogmáticas, y en ellas la mas alta sabiduría. No necesitamos pues de otra cosa, que de seguir paso á paso el Símbolo de los apóstoles, para hacer una exposicion plenísima de todos los dogmas católicos. El pues nos servirá como de una pauta segura para formar el plan razonado de esta primera parte.

Abrese el Símbolo con esta palabra: *creo;* palabra tan altamente significativa, que por sí sola reasume históricamente los resultados de la inmensa revolucion que hizo el cristianismo en la inteligencia humana, la razon de esa unidad incontrastable que ha reunido todos los pueblos en la profesion

1 Tenebræ eam non comprenderunt. Ib.

de la verdad religiosa, y el grado mas alto á que puede llegar el poder de la verdad sobre la razon humana. Esta palabra es por sí sola materia suficiente de un tratado; y nosotros abrirémos tambien con ella nuestra exposicion, destinando el primer libro á explicarla bajo el tema de la creencia considerada en sus caracteres, en sus relaciones y en sus efectos.

El primer objeto de la creencia es Dios, Ser de los seres, Causa de las causas, principio y término de cuanto existe. Por esto las palabras que inmediatamente siguen á la que forma el objeto del precedente libro, son: *Dios Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.* Estos dogmas reasumen la causa y el efecto de todas las cosas creadas, y por consiguiente, suministran el conocimiento de Dios en sí mismo, en sus atributos y en sus relaciones con la naturaleza humana. Mas estos dogmas exigen tal extension expositiva, que deben ser tratados con la separacion que indican sus palabras enunciativas en el Símbolo.

Dios, considerado como el Ser infinitamente perfecto, como el Ser por esencia, como el principio y último fin de cuanto existe, es objeto de la revelacion y tambien de la razon. Desde las épocas mas remotas de la filosofía le han estudiado los sábios; y el gran cuerpo científico de argumentos y pruebas en apoyo de esta verdad, constituye la teología natural, ó ciencia de Dios segun la razon. En este sentido hemos tratado ya la materia en el segundo libro de nuestros Estudios fundamentales sobre el hombre; mas al presente debemos volver á considerar esta verdad cardinal bajo un aspecto enteramente dogmático. La revelacion debe mirarse, no solamente como la confirmacion divina, sino tambien como el complemento necesario de la teología natural, porque los dogmas muestran á Dios de una manera mas precisa, mas digna y mas elevada que el simple raciocinio. Así es, que destinarémos el segundo libro de esta primera parte á exponer los dogmas concernientes á Dios considerado en su existencia, unidad y atributos.

Pero acerca de Dios hai revelaciones á donde no puede llegar nunca la razon por sí misma, y son aquellas que conciernen á su esencia divina, conviene á saber; la Trinidad en la Unidad. Este gran misterio es el dogma fundamental, es el que nos da la verdad absoluta y completa acerca de Dios, y por lo mismo, destinarémos el libro tercero á exponerle.

Dios, considerado en sí mismo y en los misterios de su esencia, se nos presentará como el Ser necesario, y por consiguiente, como el grande y único objeto de la fe, como el poder infinito, y en consecuencia, como el objeto de la espe-

ranza, como el bien sumo, puro é inmortal, y en consecuencia, como el objeto de la caridad.

Siendo la verdad, el poder y el bien, esencialmente posee el derecho de ser creido, esperado y amado. Mas para que este triple derecho pasase de la posibilidad á la existencia, era necesario que hubiese otros seres fuera de Dios; y como tales no podian existir sin él, resulta que la mas estrecha filosofía nos arrastra de Dios á sus obras. Dios que todo lo saca de la nada; Dios que todo lo conserva: he aquí las dos ideas fundamentales que reasumen la accion exterior de la divinidad. Será pues de nuestro cargo mostrar la *Omnipotencia* en la creacion, y la Providencia en la conservacion de los seres. En la creacion vemos aparecer el mundo, y despues al hombre presidiendo á él, para que todos los seres que contiene le estuviesen constantemente sometidos: por consiguiente, el hombre reasume el pensamiento de Dios creador. La conservacion de los seres viene á refluir toda en beneficio del hombre: luego el hombre reasume en sí la accion maravillosa y benigna de la Providencia.

La creacion del hombre abraza dos cuadros diversos y mui vastos para que pudieran entrar en una subdivision comun; el mundo y el hombre. Consagrarémos pues un libro á cada uno de ellos, teniendo cuidado de estudiar al mismo tiempo que los hechos, las relaciones morales de cada uno. En el primero de ellos hablarémos de la creacion, metafísicamente considerada; mostrarémos su primer objeto en el mundo, y procurarémos preparar la venida del hombre como un complemento indispensable para el designio de Dios.

Pasando al hombre, es necesario considerarle tal como salió de las manos de su Creador, perfecto en su línea, soberano de la tierra y de sí mismo, súbdito de Dios, y sugeto á quien correspondia rendir á su Creador los homenajes de la fe, la esperanza y el amor. Ver al hombre bajo este aspecto, es lo mismo que pasar de Dios y el hombre considerados en su existencia, á Dios y al hombre considerados en el sistema de sus diversas relaciones. Estas forman por sí una materia vastísima de reflexion y estudio, en la cual se contiene el orígen, el destino y las vicisitudes morales de la especie humana. Estas vicisitudes, atentamente meditadas, conducen á la necesidad filosófica de admitir el pecado original como un hecho sin el cual toda la historia moral del hombre quedaria sin explicacion alguna. Tal será pues la marcha de nuestras ideas al tratar especialmente del hombre como término de la creacion, sujeto de la lei y objeto práctico de la filosofía moral.

Las relaciones entre Dios y el hombre, vistas bajo el aspecto de la historia, nos revelan la inocencia primitiva y el pecado original: filosóficamente estudiadas, nos convencen de lo que hubiera debido ser el hombre sin el pecado, y nos explican el *por qué* de lo que ha sido despues del pecado. La última consecuencia dogmática de este estudio está representada en las proposiciones siguientes: primera, el hombre perdió la caridad y la esperanza en consecuencia de su pecado: segunda, no podia recobrarlas por sí mismo; luego necesitaba una mediacion divina. ¿Qué nos dice la historia sobre esta mediacion? Primero, que fue prometida inmediatamente despues del pecado: segundo, que fué cumplida por Jesucristo: tercero, que fructifica y ha de fructificar hasta la consumacion de los siglos en la Iglesia. Llegando á este punto, la fe, la esperanza y la caridad sufren una modificacion inmensa: un grande objeto viene á sostenerlas; y por consiguiente, los dogmas aguardan su consumacion, las promesas su cumplimiento y el bien su reaparicion de Jesucristo.

El solo estudio de este divino personaje bastaria para ocupar todos los objetos dogmáticos, pues que en su adorable persona vienen á cruzarse todas las relaciones de la divinidad y de la humanidad. "Un pueblo profético llena con su historia el prodigioso curso de cuarenta siglos; y esta historia cuya primera página muestra el principio de las cosas, el nacimiento del mundo y la creacion del hombre, el orígen del mal y la promesa de su remedio; esta historia donde vemos figurar tantos pueblos y tantos reyes, resplandecer tanta magnificencia y tanta sabiduría, aglomerarse tantas acciones inmortales y tantas glorias diversas; esta historia donde admiramos el esplendor del culto, los timbres del sacerdocio, la sabiduría de las leyes, el gobierno de los pueblos; esta historia tan fecunda en resultados, tan variada en acontecimientos, nada encierra, por cierto, que no tenga por objeto el anuncio de Jesucristo: Jesucristo ocupa todas sus páginas: él es la fuerza que sostiene todas las instituciones antiguas, el objeto figurado en todos los acontecimientos de Israel." [1]

Debiendo pues elegir un término medio entre la extension absoluta y la reduccion extrema, tratarémos de Nuestro Señor Jesucristo considerándole ántes de su nacimiento, en su vida, y por último en su segunda y última venida al mundo. Estas tres épocas encierran toda la historia y abrazan to-

1 Hemos tomado este párrafo de uno de nuestros sermones, titulado: *Panegírico de nuestro Señor Jesucristo.* Parte primera.

das las verdades dogmáticas que debemos saber acerca de Jesucristo. El primero de estos libros comprenderá todos los dogmas relativos á Nuestro Señor Jesucristo considerado como el Mesías prometido; el segundo tratará de su historia en el mundo, desde el momento de su Encarnacion hasta su Ascension gloriosa á los cielos; en el tercero expondrémos la Venida del Espíritu Santo é institucion plena de la Iglesia. Los dogmas relativos á esta son tambien verdades concernientes á Nuestro Señor Jesucristo, porque él es la piedra angular y la cabeza invisible de la Iglesia católica. Mas ¿de qué manera está Jesucristo en la Iglesia? Dando la gracia y perdonando los pecados, está con el título de Salvador; y por lo mismo, despues de haber considerado á la Iglesia en su constitucion y formacion, debemos tratar del dogma de la gracia y en consecuencia del perdon de los pecados.

La gracia perdona los pecados cometidos, fortalece la naturaleza para que no se cometan otros, y hace reinar la caridad en el mundo difundiendo todas las virtudes. El reinado de la caridad es el de la santidad misma, y por lo mismo, el dogma de la gracia nos conduce al de la santidad. Esta se manifiesta colocada en cierta gerarquía, segun el grado en que se hayan practicado las virtudes mediante la gracia de Jesucristo. El dogma de la santidad abraza tres puntos: primero, su carácter individual; segundo, sus efectos comunes, su expansion de amor, su dilatacion en provecho de toda la familia cristiana; tercero, sus relaciones con el culto católico. Sobre las nociones pues de la santidad, toda la materia de este libro trata, de la comunion y el culto de los santos; dos puntos, cada uno de los cuales constituye un dogma especial en la Iglesia.

Ya hemos visto cómo la gracia correspondida de la naturaleza produce la santidad: ahora bien: por una razon contraria, la gracia no correspondida, la gracia contrariada por una libertad abusiva, producirá un efecto enteramente opuesto, esto es, la muerte del alma, la reprobacion. Resulta de aquí, que toda la historia de Jesucristo en la tierra es la de su gracia, correspondida de unos y contrariada por otros; y por esto el mismo Jesucristo compara su reino en la Iglesia con diez vírgenes, cinco de las cuales eran prudentes y cinco necias, con una red que echada al mar coge toda clase de peces, buenos y malos, que á su debido tiempo separa el pescador para tomar los primeros y desechar los segundos. Todo esto está indicando claramente la necesidad de que haya un acto solemne en que Jesucristo, para terminar su grande obra, llame á juicio á su reino, á fin de fijar el destino de cada

uno. La gracia y el perdon tienen una carrera que comienza en la cuna y acaba en el sepulcro. Pero hai dos nacimientos y dos sepulcros: los que corresponden á cada individuo y los pertenecientes á todo el género humano: los primeros terminan en la muerte individual; los segundos acabarán en el último dia de los tiempos. Miéntras este dia llega, la cuestion del destino individual permanece sepultada en el misterio; pero en los designios divinos entra el gran pensamiento de una manifestacion solemne en que tengan su desenlace final todas las dificultades del tiempo, todos los sucesos de la historia, la vida individual y social, el hombre y las naciones. Este suceso tiene un carácter de plenitud y consumacion, y en consecuencia no puede verificarse miéntras no se hallen expeditos en sus aplicaciones prácticas, los dogmas que nos ocuparon en el libro precedente, esto es, la gracia y el perdon. Mas cuando la humanidad entera haya de morir, entónces se presentará toda delante de Dios: porque si no se presentase toda, el cuadro seria incompleto, el designio quedaria sin ejecutarse, tomando el carácter de particular lo que por su naturaleza debe ser universal. Mas no puede presentarse toda la humanidad á los ojos de Jesucristo en el último dia de los tiempos, sino precisamente mediante la resurreccion de la carne: esto es claro clarísimo; la humanidad no es la vida de una generacion, sino el conjunto de todas las que han vivido; y por consiguiente, su total aparicion demanda como un hecho de forzosa consecuencia la resurreccion universal. Mas la humanidad debe presentarse para ser juzgada y recibir su destino; y como este destino es incapaz de realizarse dentro de los límites del tiempo, porque precisamente el fallo definitivo ha de coincidir con el último momento de los siglos, su realizacion se obra precisamente en la eternidad. La existencia, relaciones, concierto y efecto de estos tres dogmas, conviene á saber, la resurreccion de la carne, el último juicio y la eternidad, serán el objeto del duodécimo libro, donde concluirémos el estudio histórico y filosófico de los dogmas.

Esto supuesto, dividirémos esta primera parte en doce libros que tratarán:

El primero, de la creencia.
El segundo, de Dios y sus atributos.
El tercero, de la Santísima Trinidad.
El cuarto, de Dios considerado en sus obras.
El quinto, del hombre en particular.
El sexto, del Mesías prometido.

El sétimo, del Mesías en el mundo.
El octavo, del Espíritu Santo.
El nono, de la Santa Iglesia católica.
El décimo, de la accion de la gracia sobre los fieles.
El undécimo, de la comunion y culto de los Santos.
El duodécimo, de la resurreccion, el juicio y la eternidad.

EXPOSICION

DE LA

DOCTRINA CATÓLICA

SOBRE LOS

DOGMAS DE LA RELIGION.

LIBRO PRIMERO.

EXPOSICION

DE LA PRIMERA PALABRA DEL SÍMBOLO, Ó SEAN CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA CREENCIA.

ed. c. tomo I, página 161.